

ditano, cuya autoridad tantas veces citamos, asegura haber conocido en ella una notable restauracion hecha por la nacion veneciana, cuyo trato y navegacion por aquellos mares fueron de mucha importancia en algun tiempo: restauracion comprobada por una gran piedra blanca que habia en lo mas alto del edificio á la parte del mediodia figurando el leon alado de S. Marcos con diadema en la cabeza y un libro abierto en las manos. Añade que en el año 1587 volvió á desplomarse la mayor parte de ella, y no habiendo donde hacer el farol y atalayar los mares, de lo que se seguia gran perjuicio para la ciudad, se dispuso reedificarla restituyéndole su primitiva altura; mas cuando iba ya á terminarse la restauracion, se desbarató por culpa del oficial que la iba construyendo en falso. Debia ser la torre de Cádiz semejante al célebre faro de Alejandría y al que despues se erigió en Mesina: nada pudo averiguar Horozco respecto del nombre que los Fenicios le dieron, pero en cuanto á su historia leemos (1) que el escritor árabe Ibnu Ghalib, en su obra titulada *Contentamiento del alma en la contemplacion de las antigüedades de Andalucía*, cuenta como el mas notable de los monumentos de Cádiz la torre y su ídolo. «No tiene esta torre igual en el mundo, dice, esceptuada otra de la misma forma que se eleva sobre un alto promontorio de Galicia. Es notorio que mientras perseveró el ídolo sobre la torre de Cádiz, los vientos refrenados dejaron de soplar en el Estrecho hácia el Océano, de manera que no podian los navios salir del Mediterráneo; mas cuando fué derrocado en los primeros años del reinado de los Beni Abd-el-mumen, cesó el encanto, y los bajeles de toda especie pudieron ya recorrer impunemente los mares.» Otro autor árabe del siglo XII, en su libro llamado *Giarafyyä*, describe así la torre y el ídolo de que vamos hablando: «habia en Cádiz una torre antigua y cuadrada de 100 codos de altura, construida con grandes piedras admirablemente unidas entre sí por medio de grampones de bronce. En su cima habia un pedestal cuadrado de mármol blanco, y sobre él una estatua que representaba á un hombre, de tan maravillosa forma y proporciones, que mas parecia criatura viviente que cosa inanimada. Volvia el rostro al mar de occidente, dando la espalda al norte: tenia estendido el brazo izquierdo apuntando á la boca del estrecho entre Tanger y Tarifa, y el brazo derecho unido al cuerpo como ciñéndose la vestidura: en la derecha mano tenia como un baston

(1) Almakkari. Lib. I, cap. V.

ó vara con que señalaba al mar. Pretenden algunos autores que tenia unas llaves, pero es un error; yo vi muchas veces este ídolo y nunca pude descubrir en él otra cosa mas que la vara mencionada, en posicion vertical y un tanto levantada del suelo. Me consta además por el testimonio de personas veraces que presenciaron el acto de remover ó derribar el ídolo, que la vara era pequeña y tenia á la punta como un diente de almohaza. No se sabe con certeza qué artífices labraron la torre y su estatua. Mes'udí en sus *Praderas de oro* atribuye su construccion á Al-jabbar, el mismo que fabricó los siete ídolos del pais de Zinj, mirándose unos á otros; pero se cree como mas probable que la erigiese alguno de los antiguos reyes del Andalucía para que sirviese de guia á los mareantes, por cuanto tenia el ídolo su brazo izquierdo estendido hácia el Bahru-z-zokák (estrecho), apuntando á su entrada como en actitud de mostrar el camino. No faltaba quien creyese que era este ídolo de oro puro, porque cuando el sol heria en él al despuntar ó al ponerse, despedia rayos de luz y presentaba los mas brillantes matices, semejante al cuello tornasolado de la paloma silvestre...» «Cuandó en los tiempos posteriores fué este ídolo derribado, ya los navegantes no pudieron regirse por él á la entrada y salida del Estrecho. Su demolicion ocurrió del modo siguiente: en el año 540 (A-D-1145-6), al principio de la segunda guerra civil, el almirante de la flota Ali Ibn'Isa Ibn Maymun se rebeló en Cádiz declarándose independiente. Habiendo oido decir á los habitantes que el ídolo que descollaba en lo alto de la torre era de oro, se despertó su codicia y mandó que se bajase inmediatamente. Mucho trabajo costó verificarlo, pero cuando llegó la estatua al suelo se vió que era de bronce, cubierta solo con una ligera chapa de oro, que produjo 12000 dinares del mismo metal (1).» Andando los tiempos substituyó al ídolo una linterna sobre una especie de capitelillo, donde á la hora de anochecer se encendia fuego de alquitran ó de leña seca, al cual, apenas visto, seguian otros fuegos en la torre del Almadraba de Hércules, en el castillo de Santi Petri, y en las demás torres del Estrecho de Gibraltar, reino de Granada, Murcia, Valencia, Aragon y Cataluña. Continuábase esta seña diversas veces en la noche, correspondiéndose unas atalayas con las otras para mayor vigilancia, y siendo la primera en levantar el fuego la torre de S. Sebastian. Si descubria

(1) Almakkarí, lib. I, cap. VI.

enemigos ó llegaban á ella de noche, disparaba una pieza de artillería que para esto tenia dispuesta, esparciendo la luz tantas veces cuantos bajeles divisaba, y si era de dia, además de tirar con la pieza hacia seña con ahumadas (4).

La torre de S. Sebastian, que vemos hoy formando parte del castillo del mismo nombre, fué fabricada por los años de 1613 siendo gobernador de Cádiz D. Fernando Quesada Ulloa: es cilíndrica, de ciento veinte y ocho piés de altura, y termina en un fanal, cuya luz gira en torno con claros y oscuros de un minuto.

Al hablar del templo de Hércules, dijimos que habia estado situado cerca del puente de Zuazo. Tambien este edificio fué obra de los Fenicios en opinion de algunos historiadores: su fundacion debe perderse en la noche de la antigüedad por lo mismo que ha sido objeto de las galas de la fábula. Un antiguo rey de Iberia, cuenta esta, por nombre Hispalo, tenia en Cádiz una hija de estremada hermosura, cuya fama volaba entre varias gentes, por lo cual vinieron á pretenderla por mujer tres príncipes mancebos. Todos tres la pidieron á su padre haciendo magníficas demostraciones, que, al paso que regocijaban á la corte, manifestaban su ingenio, su gran poder y gentileza. Fatigado el padre de su importuna pretension, y deseando no provocarlos á enojo y discordia, indeciso sobre á cuál de ellos la daría, halló un medio que le pareció escelente para esquivar el compromiso, y fué ofrecer que su hija sería esposa del primero que llevase á cabo uno de tres soberbios edificios que les señaló. Era uno de estos un puente que uniese la isla gaditana con el continente de la Bética, salvando el caudaloso brazo de mar que los separa. El príncipe á quien esta obra colosal cayó en suerte, hizo pacto con el demonio, y con esta ruin y mala ayuda triunfó de sus competidores terminando su edificio antes que los otros el suyo, y obtuvo en recompensa la mano de la hija del rey. Esta conseja tiene un significado que fácilmente habrá comprendido el lector, á saber, que el puente de Zuazo es una de aquellas obras que en la opinion del vulgo esceden de la medida comun de las humanas empresas. Hizose, segun Horozco,

(4) «La gente anciana desta ciudad llegaron á conocer que en el farol desta torre de S. Sebastian estaban muchas lumbres ardiendo ordinariamente toda la noche, lo qual é verificado ser así por provisiones que los reyes dieron á esta ciudad en que mandaban que para el gasto i costa destas lumbres pagase un tanto por tonelada cada navio de los que entraban y surgian en la bahía: mas nunca é visto mas luz de la que á tiempo de la noche se hace, ni se cobra este derecho.» Horozco, obra cit., cap. 8.

por industria de alguno de los ingeniosos y estimados artífices que hubo en la ciudad de Tyro (1); según otros, fué obra de Cartagineses; no pocos la consideran construcción de Romanos, y en nuestro concepto esta es la opinión mas acertada.

Claro está que un pueblo industrioso y comerciante como eran los Fenicios, no podia ceñir sus establecimientos á la reducida isla de Cotinusa. No por la fuerza y como conquistadores, al modo que lo habian verificado los Egipcios, sino astuta y mañosamente, tomando unas veces por pretexto el tráfico, otras el disfraz de la devoción grata al pueblo turdetano que se distinguia por sus religiosos sentimientos, fueron los astutos descendientes de Canaan penetrando en la Bética y estendiéndose por su marina. El caudaloso Bétis les franqueó la entrada á las hermosas y pingües llanuras donde luego descollaron Sevilla y Córdoba: en los estuarios del Estrecho y del Océano tenian puertos seguros para sus naves, y enriscados islotes para atalayar los mares; desde muchas alturas de la zona marítima podian tambien dominar juntamente la llanura interior y la costa. Señorearon en esta los puntos de Menace (Málaga), Sexi (Almuñecar), Abdera (Adra), Calpe (Gibraltar), Melaria (Tarifa), Belon (Bolonia), Besipo (Caños de Meca), el promontorio de Juno (Trafalgar), la isla Erytheia (isla de Santi Petri), toda la Cotinusa, el puerto Menestheo (puerto de Sta. María) y otros varios del litoral, donde hicieron poblaciones, ó templos, ó torres, y tierra adentro fundaron entre otras ciudades la soberbia Sidonia, con templo á Hércules rival en suntuosidad y riquezas del de la isla gaditana, para perpetuar su descendencia de la famosa Sidon de Suria, y mas verosímilmente para embelesar y cautivar á los indígenas y tenerlos á raya cuando llegase el día de quitarse la máscara y proclamarse señores de la España meridional.

Vimos ya que en la isla de Saltes, frontera á Huelva, habian plantado sus columnas desde su segundo arribo á nuestra Península (2): ahora, no contentos con derramarse por todos los puertos y estuarios de la Bética como enjambres industriales, ni con explorar el Océano discurriendo por la costa occidental, se atrevieron á avanzar hasta las re-

(1) «Me atrevo á estimar á este puente por el mas famoso y único que puede aver en el mundo, fabricado de solamente grandísimas losas, trabadas unas con otras sin ninguna mezcla ó material.» Horozco, Hist. de Cádiz.

(2) Véase pág. 47.

giones septentrionales de Europa, llegando hasta las islas Cassiterides (1), de donde sacaron inmensas cantidades de estaño.

Como unos novecientos años antes de la Era cristiana, se presentaron tambien en España los Griegos asiáticos á competir con sus antiguos maestros los Fenicios. La primera expedicion fué de Rodios, los cuales atracaron en la costa de Cataluña y fundaron á Rodas (hoy Rosas), poblando al propio tiempo las islas Gimnesias ó Baleares. A estos siguieron los Focenses y los Samios, que, establecidos primero en la costa de la Galia meridional, donde es hoy Marsella, y corriéndose al mediodia, tomaron á Rodas, y edificaron mas abajo el famoso templo de Diana, que luego vino á ser la ciudad de Denia. Y no lejos de allí, en la misma costa, los Griegos de Zante fundaron despues la ciudad de Sagunto (hoy Murviedro) que tanto nombre habia de alcanzar en la historia.

Iban gradualmente haciéndose incompatibles los intereses de las diversas naciones que se repartian la mejor tierra de España; los Turdetanos con su civilizacion mixta de caldea, celta y egipcia, resistian tenazmente el yugo con que los amenazaba la seducccion y solercia de los Fenicios: estos, aunque apoderados de casi toda la marina, sabian muy bien que lo principal de la Bética era de los Turdetanos y de los belicosos Celtas sus convecinos y aliados. Los Griegos asiáticos, los Focenses principalmente, supieron ganarse la voluntad de los españoles, y obtuvieron de ellos establecimientos con los cuales podian prometerse minar en breve por su base el poderío del comun enemigo. Estos auxiliares extranjeros eran notablemente cultos: sus personas, sus trages, sus armas, las fustas en que navegaban (2), los edificios sólidos y galanos que construían, agradaron tanto á los españoles, que su rey Ar-

(1) Contra el comun sentir de casi todos los cosmógrafos españoles, é interpretando de una manera satisfactoria el texto de Estrabón *en frente de los Artabros hacia el septentrion están las islas llamadas CASSITÉRIDES, situadas en alta mar y casi en el clima británico*, opina Vamba que estas islas corresponden á las que hoy llamamos Sorlingas.

Es muy de notar que los cautelosos Fenicios de Cádiz tuvieron ocultas á todos los pueblos sus navegaciones al emporio del estaño por mas de ochocientos años que transcurrieron desde el tiempo de Homero al de Polybio Craso.

(2) «Los Focenses, dice Ocampo, era buena copia de gente bien armada, bastecida y ordenada, y sobre todo sus fustas de tan hermosa faccion, y tan apropiadas y desenvueltas para la guerra, que hasta su tiempo nunca semejantes anduvieron por las mares de España. Traía cada cual cincuenta remadores en cada lado, largas todas, bien despalmadas y limpias, sin haber en ellas navío que fuese hondo ni de carga, como traían muchos otros navegantes.»

gantonio trabó al punto amistad con ellos. Venian huyendo, dice Ocampo, del formidable poder de Ciro, que habia sojuzgado los principales Estados y repúblicas del Asia; y despues de repuestos y descansados en los pacíficos dominios del monarca ibero, comenzaron á poblar las isletas que por los confines de Cádiz y del Estrecho tenian aun abandonadas los Fenicios, y labraron en ellas casas de placer entre deleitosas huertas y arboledas, convidando para todas estas labores á los Españoles andaluces con quienes moraban, y tal maña se dieron, que en el término de tres años ó poco más las llenaron todas de granjerías escelentes edificadas á la manera de Jonia «con adornamentos, añade aquel historiador, muy nuevos y muy galanos: porque tambien en esto de los edificios, como en el arte de labrar navíos, tuvieron los Focenses grandes primores y trazas de proporcion mucho singular.»

Sabido es que los Jonios fueron los primeros Helenos civilizados; la escuela filosófica que llevó su nombre, la mas antigua de la Grecia, aspiraba á esplicar el mundo por un principio único suponiendo que las diversas trasformaciones de ese principio producian todo cuanto vemos y palpamos; y ese principio era siempre para los famosos filósofos que produjo, como Thales, Anaximeno, Heráclito de Efeso y otros, alguno de los llamados elementos del mundo material, el agua, el aire, el fuego. Este materialismo estaba como infiltrado en la sangre de los Jonios y transcendia á todas las formas de su vida pública y privada: el fasto y la elegancia, la poesía, las bellas artes, florecieron entre ellos desde el 9.º siglo antes de J. C. El dialecto jónico era el mas dulce de la lengua helénica; el ritmo jónico en la música era el mas afeminado y voluptuoso; el orden jónico en la arquitectura tiene en sus volutas un no sé qué de gracioso, ingénuo y desnudo, que seduce al hombre de gusto mas austero. La sola adopción del capitel jónico, dice el esquisito gusto estético de aquel pueblo, ya sea invento suyo, ya sea importación asiática (1). Los Jonios, que llevaron al Asia Menor su comercio, su navegación, sus colonias, sus riquezas y su lujo, trajeron á España con todos estos elementos de prosperidad material una esquisita cultura artis-

(1) Observa Layard en su obra citada sobre Ninive, que la primera indicación del uso de las columnas entre los Asirios se encuentra en las esculturas de Khorsabad. En un bajo-relieve de sus ruinas ha hallado el arqueólogo inglés un templete ó pabellón de pescar en medio de un lago: embellecen su fachada dos columnas cuyos capiteles se asemejan tanto al jónico, que no es posible dejar de reconocer en ellos el prototipo de este orden.

tica, adquirida en la brillante carrera de rivalidad intelectual de las doce ciudades de Lydia, Caria y las Islas, diseminadas entre el Meandro y el Hermo. Hay, como hemos visto, autores que asignan su venida á nuestras costas al período de servidumbre por el cual pasaron desde la gran conquista persa consumada por Ciro hasta la segunda guerra meda que les restituyó la libertad; otros la fijan en la época, cuatro siglos anterior, en que la poesía, mas expansiva que los otros ramos de la civilización, habia ya producido entre ellos al célebre poeta de Esmirna, cuyas peregrinaciones es fama se estendieron hasta las columnas de Hércules. ¡Dios sabé si alguna de aquellas galanas fustas focenses de cincuenta remeros, que tan buena acogida hallaron en las playas andaluzas, nos dejaria en alguna de las embalsamadas islas de la region tartésida al inmortal Homero que cantaba la ruina de Ilion, y si tendrian los Españoles de hace veinte y seis siglos (1) la dicha de oir de los mismos labios del padre de la poesía épica aquellos sonoros versos que hoy apenas nos es dado traducir!

Del genio placentero de los Griegos de Asia y de su afición á la vida regalada, es de creer que su establecimiento en el Estrecho innovaria y embelleceria grandemente el aspecto de las poblaciones iberas y fenicias. No se sabe de positivo si han desaparecido de entonces acá algunas islas de las que los Jonios poblaron; pero parece indudable que Ocampo se engañó haciendo muchas islas diversas de los varios nombres aplicados por los antiguos á unas mismas islas. Así la isla gaditana, que los Fenicios llamaban *Cotinusa*, recibió de los Griegos el nombre de *Tarteso* (2), que aplicaron igualmente á la ciudad de Carteia, sin duda despues de haberse arruinado la primitiva capital de aquel nombre de la region marítima de la Turdetania, que dijimos haber existido en el continente entre las dos bocas ó brazos del Bétis (3).

(1) Ya hemos indicado en una nota anterior que segun los mármoles de Paros florecia Homero por los años 907 antes de J. C.

(2) Testificalo Avieno en su poema ya citado, ver. 268:

Nam Punicorum lingua conseptum locum
Gadir vocabat: ipsa TARTESSUS prius
Cognominata est.

(3) «Vemos (en los testimonios antiguos), dice Flórez, que los Griegos llamaron á Carteia *Tartesso*: acaso porque destruida la ciudad primitiva, sita entre las bocas del Bétis, aplicaron el nombre de Tarteso al pueblo en que perseveró el comercio, qual era por su puerto Carteia.» Masdeu y Vamba reducen la antigua Carteia á lo que se llama hoy *Torre de Cartagena* ó *Rocadillo* en la bahía de Gibraltar, donde Lopez de

La otra isla contigua á la gaditana, que nuestros mas juiciosos críticos reducen á la de Santi Petri, fué poblada por los Tyrios de Cádiz que se decian descendientes de los Eritreos del Mar Rojo, tomó desde un principio el nombre de *Eritheia*; luego los Griegos Ephoro y Philistides la llamaron *Erythia*; Timeo y Sileno la denominaron *Aphrodisia* ó *Isla de Venus*; sus mismos habitantes (Griegos sin duda) la apellidaron *Isla de Juno* ó *Junonia*; durante el predominio de la cultura griega en nuestras costas, la proximidad y casi diríamos fraternidad de las dos islas mencionadas, hizo que indistintamente fueran una y otra designadas por los mismos nombres, aplicándose á veces á Cotinusa la denominacion de *Erythia*, *Aphrodisia* y *Junonia*; y por último la misma causa hizo que en tiempo de los Cartagineses, cuando ya la isla principal llevaba el nombre de Gadir (1), se llamase *Gadir* tambien la poblacion fundada por los Tyrios de Cádiz en la menor de las dos islas (2).

No se necesitan poblaciones supuestas para acreditar á los Jonios de grandes colonizadores. Las soberbias ciudades, los Estados que en el Asia fundaron, nos los representan como uno de los pueblos mas cultos del orbe y menos avaros de su cultura. Entre las construcciones con que enriquecieron el litoral de la Bética, merecen singular mencion los tres templos de Juno de que hoy conservamos memoria, edificados uno en el cabo Trafalgar, otro en Cádiz (3), y el tercero frente al puerto de Menestheo (hoy Puerto de Sta. Maria) (4); la famosa torre de Capion ó Capion (hoy Chipiona), erigida por los de Carteya bajo la direccion de un capitán focense de aquel nombre, la cual era á un mismo tiempo sepulcro y faro (5); la torre ó pueblo de Ebura, construido tambien por los carteyos ó tartesios de Capion (6) en la margen del brazo oriental

Ayala y Mr. Cantier aseguran descubrirse en las bajas mareas los cimientos del antiguo puerto y los de algunos edificios particulares. ¡Digno objeto de la solicitud de un gobierno ilustrado seria en verdad la exploracion de esas venerandas ruinas!

(1) Véase la nota 2, donde los versos de Avieno dán á la palabra *Gadir* la significacion de *parage* ó *lugar cercado*.

(2) Sacamos estas noticias de la obra m. s. de Vamba *Notas á Strabon*, ya citada, donde se cotejan y dilucidan con satisfactoria claridad los oscuros pasages de los geógrafos antiguos relativos á las poblaciones de la costa bética.

(3) Plinio, lib. 4, cap. 22.

(4) «Fuera de la costa, dice Mela, lib. 3, cap. 4, está el ara de Juno y su templo.»

(5) Mela la llama *sepulcro de Capion* (lib. 3, cap. 4), y Estrabon (lib. III) *torre de Capion construida á modo de faro para salud de los navegantes*.

(6) Segun los geógrafos antiguos Estrabon, Mela, Plinio y Antonino, solo podemos saber que Ebura ó Ehora de los Tartesios estaba sobre la costa al principiarse la navegacion agua arriba del Bétis, y que tenia enfrente, tierra adentro, la colonia de Asta. Ocampo trae una noticia que concuerda con esta, y aun la completa, sin que se pueda

del Bétis; finalmente el templo de Lucífero (1) á que falsamente reducen hoy algunos autores la poblacion de S. Lúcar de Barrameda.

Terminaremos nuestro ligero bosquejo de la cultura griega en los remotos tiempos á que nos referimos reproduciendo aquí un hecho gráfico que tiene conexion con la idea que acabamos de apuntar del gran culto que la diosa Juno alcanzó en toda la costa de la Bética. Una nave de Sámos, cuenta Herodoto (2), cargada de mercancías de Egipto y mandada por un piloto llamado Coleus, fuese de grado ó bien impelida por un recio viento nordeste, cruzó el estrecho y aportó en la costa de Tarteso (3), donde ningun otro griego habia penetrado aun. Fueron los Samios muy bien recibidos de los naturales, y vendiéronles sus mercancías en sesenta talentos. Satisfechos de esta acogida, consagraron la décima parte de su ganancia á Juno, é hicieron labrar en honor suyo una gran copa de bronce de la forma consagrada para las fiestas de la diosa en Argos, adornada en ambos lados con cabezas de grifo. Esta copa, sostenida por tres colosos de bronce de siete codos de altura é hincados de rodillas, vino á ser uno de los mas preciosos ornatos del templo de aquella deidad (4). Añade el padre de la historia que los Samios aportaron en Tarteso al tiempo mismo que los isleños de Thera enviaban á África una colonia conducida por Batho para fundar á Cirene, es decir, hácia el año 704 antes de la Era cristiana. Para discernir la parte de verdad y aun la contradiccion que pudiera resultar del dicho de Herodoto de que antes de los Samios no habia penetrado gente alguna de Grecia allende el Estrecho, conviene tener presente que ya los Rodios tenian colonias en España nueve siglos antes

averiguar de dónde la sacó: «los de Carteya, dice, bajo la conducta de Capion, fundaron una ciudad en la boca mas oriental del Guadalquivir á 4000 pasos de la embocadura, agua arriba, en la isla que formaba el rio... Hoy es un despoblado llamado *Ebora la vieja*.»

(1) Horozco refiere que la ciudad de *Eubora* (*sic*) se formó con ocasion del famoso templo del Lucero, para cuya vigilancia se construyó la torre de Capion, y que sobre las ruinas de Eubora se debió poblar despues la pequeña villeta de Chipiona ó bien el convento de nuestra Señora de Regla: de manera que en una sola razon resume las fundaciones de la torre de Capion de Ebura y del templo del Lucero, escluyendo la posibilidad de establecer en las ruinas de este templo, como hacen muchos, la fundacion de S. Lúcar de Barrameda.

(2) Lib. IV, cap. 152.

(3) Tarteso es aquí sin disputa un nombre genérico aplicado á la Bética occidental: Herodoto no designa el puerto en que Coleus tomó tierra.

(4) Sobre la forma de este objeto artístico puede dar al lector ideas muy aproximadas el rico y erudito *Museo de escultura* recientemente publicado en Francia por el conde de Clarac: obra la mas completa que existe en su género.

de J. C. (1), y que por otro lado no dice Herodoto que los Samios fabricasen templo á Juno, dando mas bien á entender que consagraron la gran copa de bronce á un templo que encontraron ya erigido y con culto.

El desarrollo del comercio y poderío marítimo de los Griegos debió desde luego suscitar rivalidades entre los Fenicios, sus maestros y predecesores; resulta sin embargo de las antiguas historias que por una especie de convenio tácito se repartieron los beneficios del tráfico en el Mediterráneo, estableciéndose los unos de preferencia en las costas meridionales de Europa, y los otros en las ciudades y puertos de la costa septentrional de Africa y occidental de España.

Entre los establecimientos fenicios de Africa descollaba la gran colonia de Cartago, que, aunque animada del mismo espíritu comercial propio de los Tyrios sus fundadores y de sus hermanos de Cádiz, se anunciaba ya belicosa y formidable, con una fuerza expansiva tal, que no solo la arrastraba á multiplicar sus factorías y defenderlas con las armas, sino tambien á conquistar y oprimir sin misericordia á todos los pueblos circunvecinos. En el reducido teatro del Mediterráneo surcado en todas direcciones por mareantes fenicios, griegos y cartagineses, todos igualmente espertos en el tráfico y la navegacion, muy pronto habia de estallar por fuerza alguna colision grave: por otra parte ¿cómo habian de resignarse los Cartagineses á ceder indefinidamente á los Griegos y Fenicios la posesion esclusiva, el pingüe monopolio de los preciosos metales de la Bética y sus esquisitos frutos? Importa poco saber con qué pretexto la naciente república africana fué llamada á intervenir en las discordias de los afortunados usufructuarios de tan apetecida herencia: cualquiera que haya sido la causa que los trajo á España, es indudable que mas pronto ó mas tarde habian de volver sus proas á ella de todas maneras. Es fama que desavenidos por un motivo cualquiera los Turdetanos con los Fenicios de Cádiz, y simpatizando con los Griegos, llamaron los Gaditanos en su auxilio á los terribles Cartagineses. Acudieron solícitos al llamamiento, y so pretexto de acorrer á sus hermanos de Cádiz, invadieron con sus huestes la Península: lucharon, ven-

(1) El viaje de los Rodios á Iberia fué, segun Estrabon, *muy anterior* á la fundacion de las Olimpiadas, durante su mayor prosperidad marítima. La crónica de Eusebio fija el principio de esta prosperidad siglo y medio antes de las Olimpiadas: estas comenzaron por los años 776 antes de J. C.; de consiguiente es lícito referir la primera llegada de los Rodios á España al año 900 antes de nuestra Era.